

LOS EMBOZADOS⁽¹⁾

(CUENTO)

SEIS embozados apeábanse de sus caballos en la dehesa del Fresno. Bajo los cascos de los caballos moría pisoteada la tarde del dieciocho de Mayo de mil seiscientos noventa. De las ancas bajaron a dos jóvenes que apenas sumarían, entre ambos, treinta y dos años de edad. Ella, pelo rizado sobre la frente y sienes, boca amplia, labios carnosos, pómulos febriles, llamábase Ana de Vera. A él caíale el cabello, melena dorada, hasta los hombros, alto y seco, como junco sin orillas; era don Carlos Manuel. La luna saltaba sobre una nube y dejaba vertida en la tierra alma robada a la noche. Ana de Vera, doña Ana de Vera para mejor decir, dirigióse a uno de los embozados que depositaba en el suelo a su hijo, niño de cuatro días; entre ruego y llanto, exclamaba:

—Tened compasión de mí, lastimada bastante y dadme a mi hijo. Es carne de mi carne y solamente a mí me pertenece.

Quiso doña Ana de Vera inclinarse para ver al niño y no pudo, tenía atados los pies y manos, dolido y destrozado el cuerpo.

—¡Dadme a mi hijo!—seguía suplicando Ana—¿Qué os hice, pobre de mí? ¿Qué mal pude hacer a nadie, mujer indefensa, sino a mí misma? Si amé y mi pecado fué amar, dejad que Dios me castigue y abra más las heridas de mi ánima y vierta toda mi angustia y dolor por donde sangra mi pecado. ¿No veis cuán grande es mi sufrimiento?... Dejad que huya con mi hijo. Tened misericordia de una madre, si madre...

—¡Calla!,—dijo el embozado.

—No, no he de callar. He de seguir suplicando merced. Dejad libre mi cuerpo y besaré la tierra que pisais. ¡Qué desgraciada soy! ¡Cuánta pena me desgarrá!... Sólo deseo ser abandonada en el campo con mi hijo, aunque sea la carne que destrocen los dientes y las uñas de las fieras... todo antes de ser la interpretación de corazones oscuros y ponzoñosos.

—¡Calla! o te mataré ahora mismo, antes que puedas rogar a Dios... Bien sabes que he de decirle a mi señor que eres muerta. Esta misma noche he de recoger tu cuerpo y enterrarlo,—contestábale el embozado.

Alzando los ojos al cielo doña Ana imploraba:

—Misericordia, Señor, misericordia. Dolor de corazón ya tengo, dolor de madre ya tengo. Penitencia, Señor, la estoy sufriendo. ¡Dios mío!, me faltan fuerzas para soportar tanta crueldad...

(1) Cuento sacado de una partida de bautismo del pueblo Villasbuenas de Gata. Se conservan en este cuento los nombres de los personajes tal y cómo los leímos.

Uno de los embozados se acercó a ella y la abofeteó bárbaramente mientras decía:

—¡Has de callar! ¡Te arrancaré la lengua! ¡Te arrancaré los ojos!

Tenía doña Ana de Vera los ojos turbios de vejez y sangre, febriles y espantados. No lloró al ser maltratada reiteradamente, mordió sus labios. Miraba y no veía. Medio soñado, tirado en la tierra, la boca tapada con un pañuelo negro, los pies, las manos, los brazos atados, descubrió a Carlos Manuel. El cordel, que brazos y manos sujetaba, llegábale hasta los huesos. Ella miraba y ahora sí veía cómo la luna se introducía entre las heridas y hacía noche en la sangre de las manos de Carlos Manuel, que lentamente caía en la hierba fina:

Avivó su mirada Carlos Manuel cuando vió pegar a doña Ana de Vera. No pudo hablar. Si su boca hubiese estado sin tapar tampoco hubiese podido hablar. No hubiese encontrado su voz.

—Vosotros cuatro—dijo uno de los embozados—id enseguida... (antes de media noche tiene que estar todo concluído). No perdamos el tiempo.

Cerca de media noche era cuando llamaban cuatro embozados en la puerta del cura de Villasbuenas de Gata.

—¿Quién a estas horas desea los servicios del Señor?—dijo el cura —Córdón—de Villasbuenas asomándose a la puerta.

—Dos jóvenes en peligro de muerte—contestó un embozado.

—Pues, ¿quién mal quiere a esos jóvenes?... ¿De dónde venis? ¿Cuál es vuestra patria?—decía el cura abriendo cada vez más la puerta para ver si conocía a alguno.

Le empujaron los embozados dentro de la casa e invitáronle para que se vistiese a toda prisa y cogiese los libros de rezos.

En las ancas de los caballos le llevaron a la dehesa del Fresno.

Bajaron del caballo al cura y uno de los que allí quedaron le habló al oído:

—Despóse, señor Cura, a estos jóvenes in artículo mortis... que si no están en plena agonía, una vez casados morirán.

Resistíase el cura diciendo:

—Mañana habrá tiempo... Antes he de confesarlos... No es hora de bromas...

—Ahora mismo en su presencia apuñalaré a los dos.

Mientras esta escena se desarrollaba en la dehesa del Fresno, en una señorial mansión, palacio de escudo en frente, en uno de los salones, un señor de barba blanca miraba el fondo de una copa de plata a través de un vino emborrachado de fuego. Se abrió la puerta que a sus espaldas tenía y en ella apareció escrita una mujer de pe-

de ojos verde mar, de boca baja y dolida. Sabíase presentida al señor, su esposo, en el acariciar nervioso de la barba y preguntó:

—¿Qué has hecho de mi hijo?

—Tu hijo ya no existe... No es digno de mi nombre ni de ser mi hijo...

—Mataste al padre de Ana y ahora matas a ella y a mi hijo?

—La justicia de mi voluntad ha de cumplirse.

—Esa es tu justicia, tu voluntad, tu cobardía, tu vengadora mano llena de odio y rencor...

—¡Márchate! si no quieres morir aquí mismo. ¡Toda la culpa es tuya!

—¡Mientes! Tienes envenenado el corazón.

—Por tí, víbora.

De bruces cayó en el suelo, la señora. Estaba pálida como la luna de la dehesa del Fresno.

Apenas había terminado de hablar el embozado, en la dehesa del Fresno, cuando echáronse sobre los jóvenes Carlos Manuel y Ana de Vera «cosiéndolos a puñaladas». El cura los casó *in artículo mortis*. Entre los brazos del cura morían, juntas las manos, mirándose como si quisiesen renacer cada uno en el otro. Parecían contentos en su muerte, sólo la presencia del niño empañaba la alegría de morir los dos en una sola agonía. El cura rezaba. Miraba a los jóvenes y al cielo; pedía por ellos en un Padrenuestro empapado de llanto y perdón. Comparaba el cura el cielo y la tierra. La tierra entre sus brazos llena de amor y de sangre, al filo de la muerte. En el cielo la inmensidad de mundos y entre ellos a Dios infinito que los bendecía.

Aún Ana de Vera murmuraba... «y hágase tu voluntad» cuando Carlos Manuel había dejado de vivir. Unos segundos después, esposa y madre, inclinaba su cabeza en el pecho de Carlos en un eterno descanso. El cura oraba: «así en la tierra como en el cielo».

Fué bautizado el niño con el nombre de Carlos Próspero, siendo padrino uno de los embozados que dijo llamarse Esteban Zapata. Entregaron al cura cincuenta doblones y objetos de valor para la crianza del niño.

Cerca, lobos y buitres olían sangre en el aire.

Dentro de un ciprés de cementerio, picoteaban, soliviantados, los gorriones a la luna. Al pie del ciprés enterraron a don Carlos Manuel y a doña Ana de Vera. Terminado de sepultar los cadáveres, los seis embozados galoparon sierra arriba. Amanecía en la copa de los pinos, olivos y castaños de la sierra de Gata; se presentía luz en las cimas, entre los cascotes de los caballos que se alejaban dejando una nube de polvo que quería volar olvidándose que era tierra. Caía, al fin, y quedó abierta la vena azul del día.

JESÚS DELGADO